

HACE AÑOS, UN BARCO ESPAÑOL NAUFRAGÓ FRENTE A LAS COSTAS DE UNA SALVAJE ISLA, LA CUAL SE ALZA EN MEDIO DE LOS MARES PRÓXIMOS A AFRICA.

LOS SOLDADOS TUVIERON QUE RECOMPONERSE RÁPIDAMENTE PARA HACER FRENTE A DOS AMENAZAS: SOBREVIVIR EN UN TERRITORIO DESCONOCIDO Y LA DESENFRENADA HOSTILIDAD DE LAS TRIBUS INDÍGENAS, QUE VEN EN LOS EXTRAÑOS EXTRANJEROS EL PELIGRO QUE SUS PROFECÍAS ANUNCIAN, Y CON EL QUE LLEGARA LA EXTINCIÓN DE SU PUEBLO...



TWITTER: @PULPTURE
FACEBOOK: /PULPTURE

Sigue leyendo (¡y comprando!) en
BOUTIQUEDEZOTHIQUE.ES
y visitanos en www.pulpture.com



PULPTURE s

HISTORIAS CORTAS de INTENSA FICCIÓN

AVEN TURAS

99¢ • NUM. 26

CENTINKTON



GUERRA DE SUPERHEROES de RUBÉN RAMÍREZ LORENZO

GUERRA DE SUPERCHERÍAS

POR RUBÉN RAMÍREZ LORENZO

**PULP
TURE**
EDICIONES

Primera edición: septiembre de 2016

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a la dirección de la editorial Pulpture a través de la web <http://pulpture.com> si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o contactar con los autores o editores.

© Los respectivos autores, 2016

© Portada: JR Plana.

© J.R. Plana, Pulpture es un sello editorial propiedad de J.R. Plana, C/ Condesa de Venadito, 18, 28027 Madrid, <http://pulpture.com>

Esta es una historia pulp, lo que conlleva una serie de consecuencias que dejamos a la deducción del lector.

Impreso en España - *Printed in Spain*

¡Encuétranos en las redes sociales!

@Pulpture

facebook.com/Pulpture

Google+: Pulpture

1.

A la pálida luz de la luna, el chamán parecía un demonio nocturno contorsionándose en un frenesí de locura. Llevaba la cara pintada de líneas rojas y negras y su cuerpo estaba sembrado de calaveras blancas. Después de unos largos minutos de ritual silencioso, alzó su puñal y cortó la cabeza de la gallina que sujetaba en la mano izquierda. Destripó el ave con la delicadeza de un cirujano, escrutando las entrañas como si en ellas se escondiera la imagen del futuro.

Toda la tribu esperaba su veredicto con ansiedad, sus palabras eran tan respetadas como las del propio jefe de los negros. Aquellos rituales prehistóricos no se cuestionaban, en la indómita jungla africana tenían la misma fuerza que el catolicismo en España, pensó Santiago.

—Naitérukóp E-mónkói —habló por fin el chamán.

Santiago tragó saliva y después suspiró con desánimo. Conocía el idioma de los negros, que

HISTORIAS CORTAS DE INTENSA FICCIÓN

era común a todos los habitantes de la zona. No sabía quién era Naitérukóp, pero la otra palabra la entendía bien: traición, firmar la paz sería una traición a alguno de sus extraños dioses.

—La tregua traería tormento y muerte —añadió el chamán.

El español llevaba semanas convenciéndose de que firmar la paz era la mejor solución, pero ya imaginaba que Gomar haría lo que fuese por impedirlo. El chamán era un hombre envidioso y artero al que no le importaba el porvenir de su gente, su preocupación era pura fachada. Lo único que le movía eran el rencor y el ansia de poder. Necesitaba exterminar al hombre blanco porque no le podía controlar. Envidiaba y temía sus armas de fuego.

Un murmullo dominó la escena, todos los ojos se dirigían ahora al jefe, quien tenía que tomar una decisión. Rongo era un negro joven, bravo en la batalla, no exento de inteligencia y siempre dispuesto a sacrificarse por los demás. Desde luego no era un cobarde, pero la superstición le hacía débil, era incapaz de llevar la contraria al chamán.

—Los dioses han hablado, no hay tregua —dijo el jefe con la terquedad propia de su raza. Las leyes ancestrales por las que se regía daban pocas soluciones a los conflictos, que solían continuar hasta el aniquilamiento de una de las partes antagonistas.

—Las fuerzas de los dos bandos están parejas,

ya lo sabes —dijo Santiago—. La tensión crece a cada hora; si se llega a la guerra, acabará en masacre. Los dos nos quedaremos sin pueblo que gobernar.

—Pasaré lo que tenga que pasar —replicó impasible el jefe de los negros.

La diplomacia había quemado todos sus puentes, para el español sólo cabía apechugar con la decisión y volver con los suyos. Lo había intentado de todas las maneras. Llevaba días sin dormir. Había accedido a humillarse, postrándose ante los dioses paganos, para salvar a su gente. El sacrificio personal era una de las cualidades que requería el puesto. Desde los veinticinco años llevaba una existencia dura, pues a esa edad abandonó su tierra natal y naufragó en el continente negro con trescientos hombres a su cargo. Un vigor inagotable le permitió levantar un campamento próspero en una tierra donde los foráneos eran el enemigo natural de los nativos.

Sin nada más que hacer, Santiago se marchó junto con los cuatro hombres que formaban su guardia personal. El cielo lucía despejado y lleno de estrellas, pero en la tierra todo era oscuridad y sombras alargadas. Los mosquitos les molestaron más que de costumbre aquella noche, aunque lo que les inquietó de veras fue saberse vigilados.

A ambos lados del camino se distinguía el intenso y rencoroso brillo de ojos salvajes. Unos

nativos misteriosos los seguían a una distancia prudente, llevaban semanas controlando todos sus movimientos, cada vez parecían más audaces. Por lo que Santiago sabía podían ser decenas, centenares o incluso millares de hombres de piel cobriza y cuerpo escuálido. Todos ellos vestían calzones de piel de leopardo y lucían collares de dientes de animales y enormes pendientes en las orejas por todo ornamento.

—Ahí están otra vez esos malditos vigilantes —susurró Rodrigo, el mejor luchador de Santiago—, no nos quitan de encima sus odiosos ojos rojos, y nunca dicen una maldita palabra.

—Hasta ahora no se han mostrado hostiles, debemos confiar en que siga así —dijo Santiago aparentando tranquilidad. Lo cierto es que los indígenas le daban escalofríos.

Los blancos habían montado su poblado casi en el mismo sitio en el que habían naufragado años atrás. Una empalizada de troncos impedía la entrada a cualquiera que tratase de alcanzarles, vigilada por ocho hombres noche y día. Al poco tiempo de su creación, el poblado sufrió un ataque bestial por parte de centenares de negros, pero en aquel entonces los náufragos iban armados hasta los dientes y tenían pólvora de sobra; apenas una decena de salvajes consiguieron llegar a la empalizada, donde conocieron el sabor del acero español.

Desde entonces los combates habían sido esporádicos, limitados a pequeñas escaramuzas

que aprovechaban los viajes de exploración y las cacerías, momentos en los que había que extremar la precaución. El tiempo hizo que los hombres de Santiago acabaran por reconciliarse con buena parte de las tribus vecinas. Sin embargo, los hombres de Rongo siempre fueron hostiles, cada desgracia traía su consecuente venganza. En el último año habían muerto una veintena de hombres de ambos bandos; la guerra se olía en el aire.

Cuando Santiago y su séquito llegaron al poblado y contaron lo sucedido, contemplaron caras preocupadas y rostros compungidos.

—¿Dónde está Darío? —preguntó Santiago.

—Me temo que este es un día de funestas nuevas —comenzó a decir uno de sus hombres—. Darío y Esteban no han vuelto de la cacería.

—¡Santo Dios! ¿Se ha organizado ya la búsqueda?

—Diez de nuestros mejores exploradores han partido ya.

—Diez hombres no son suficientes. Que partan otros diez, y que no vuelvan sin noticias, pues nadie les relevará hasta el mediodía.

Santiago se retiró a su cabaña y se tumbó en su lecho de pieles. Aunque estaba agotado, empezó a dar vueltas a la situación. ¿Habrían atacado los negros a su buen amigo? De ser así, tendría dos nombres más que sumar a la larga lista de bajas. Demasiado larga y demasiado dolorosa.

Cerró los ojos y comenzó una oración.

2.

Esteban acarreaba un antílope blanco a la espalda. Tenía los brazos y las piernas magulladas y un corte en la mejilla que no terminaba de cerrarse. Pese a que caminaba penosamente, al límite de sus fuerzas, en el brillo de sus ojos se apreciaba satisfacción. Vio que Darío, quien encabezaba la marcha, se paraba. Este meneó la cabeza a la vez que decía:

—Creo que nos hemos desviado. Se nos echa la noche encima, y todo por tu testarudez.

—Una pieza así merecía el esfuerzo. ¿Has visto esta cornamenta?

—Si querías fanfarronear haber acertado a la primera. —Esteban no se defendió. Había herido de muerte a la presa, pero el animal tenía una vitalidad desacostumbrada. Murió después de una huida tan larga como estéril—. Estamos muy lejos del poblado, no reconozco esta zona.

Delante de la pareja los árboles se juntaban, la concentración de ramas y maleza multiplicarían las dificultades.

—Voy a subir a ese árbol, a ver si consigo situarme.

Darío comenzó a trepar. Esteban le esperó apoyado en la copa, sin soltar su presa. Sus compañeros debían de estar preocupados, aunque estarían aún más pendientes de la vuelta de Santiago. Si todo iba bien, en unos pocos

días podrían salir a cazar sin tomar tantas precauciones. Necesitaban esa tregua.

—¿Has visto algo? —preguntó al oír el descenso de su compañero.

—Sí, que no queda más remedio que ir por ahí.

Reanudaron la marcha. No había ningún camino en medio del follaje, así que tenían que abrirse paso a golpe de machete. Pasaron varias horas. La caminata se hacía cada vez más pesada: las ramas arañaban sus cuerpos y los mosquitos eran atraídos por el olor característico de la mezclanza de sangre y sudor. El brazo diestro de Darío empezaba a flaquear; la satisfacción dejó de brillar en los ojos enrojecidos de Esteban. La penumbra se convirtió en completa negrura.

—Darío, para. Tenemos que descansar.

—Es peligroso pasar la noche en el bosque, somos vulnerables.

El cazador dejó el antílope en el suelo y se sentó en la hierba.

—No puedo dar un paso más —dijo—. Serán sólo un par de horas. No hay peligro, todos los negros de Rongo estarán en el poblado. Hoy es el gran día.

—El gran día —repitió Darío con escepticismo—. Me conformo con que Santiago salga vivo de ese nido de serpientes. —Sopesó la situación—. Está bien, tienes razón, descansaremos un poco. Ahora mismo, el mayor riesgo que corremos es que nos perdamos. No hay por qué

forzar tanto la marcha, creo que lo peor ya ha pasado.

Pese a lo lógico de su razonamiento, la pareja cometió un grave error. Había otros moradores de los bosques que les seguían de cerca. Los vigilantes no habían sido descubiertos por la pareja, pero llevaban casi una hora tras sus pasos. Con la guardia baja, los cazadores no pudieron reaccionar hasta que tuvieron a los hombres de piel cobriza encima.

Darío no tuvo oportunidad de usar su arma, pues dos hombres se abalanzaron sobre él. Su puño derecho se hundió en la sien del atacante más cercano, gracias a su agilidad felina pudo incorporarse con el machete en la mano antes de que el segundo vigilante actuara.

En el suelo, Esteban pugnaba con otra pareja de salvajes. Se resistió, pero fue incapaz de liberar sus brazos, asidos cada uno de ellos por un vigilante. Ladeó el cuerpo hacia la derecha, lo que le permitió lanzar un rodillazo que alcanzó el estómago de un cobrizo, al que arrancó un gruñido. Vencido por la inercia de su propio movimiento, acabó de espaldas, con los ochenta kilos del otro atacante encima de su espalda. Reducido, esperaba el golpe de gracia. Sin embargo, recibió una patada que en la cabeza y sintió el roce de una cuerda que rodeaba sus brazos.

Todo sucedió en cuestión de segundos. Darío pudo ver que los vigilantes no les querían muer-

tos. Él no tenía ese problema. Ahora que el español estaba armado y en posición de defensa, los vigilantes no se decidían a atacarle. La mirada de los cobrizos era indescifrable, sus ojos entornados apenas pestañeaban, miraban a su oponente como si una densa bruma le ocultara. El silencio y la actitud recelosa de los atacantes era tal que parecía que un muro de cristal los separase. Nadie se atrevía a reanudar las hostilidades. De repente, con una coordinación que parecía fruto de una coreografía, los salvajes se arrojaron sobre su presa rompiendo la barrera silenciosa con sus estridentes gritos de guerra.

Con un amplio giro de muñeca, Darío incrustó su machete entre las costillas de un vigilante, el arma quedó encajada de tal forma que sus desesperados tirones no pudieron liberarla. Un cuchillo se clavó en su brazo izquierdo, el desesperado hombre blanco lanzó una patada al agresor y empujó con toda la fuerza de su tren superior. Por desgracia quedó a merced del tercer atacante, quien le golpeó con la parte plana de su hacha. El impacto conmocionó a Darío, quien dio tumbos como un borracho; un golpe más certero le condujo a la inconsciencia.

3.

—M atadle y seré generoso con vosotros.

—Pero eso es imposible, gran Gomar. Está protegido tras la empalizada del

hombre blanco, ¿cómo vamos a llegar a él sin que nos vean? Los guardias vigilan desde lo alto noche y día, cubiertos de hierro y con la campana al alcance de la mano. —Fue Hunegar el Silencioso quien replicó al chamán, pocos eran los que se atrevían a cuestionarle—. Tus órdenes son una sentencia de muerte.

—¡Necio díscolo y arrogante! ¿Acaso alguna vez os he pedido algo que no pudierais cumplir? ¿No eres tú más sigiloso que una pantera de caza? ¿No es Dambar fuerte como un león? Además, tengo algo que os facilitará las cosas. —El chamán dejó ver un saquito anudado—. Esto son bolas del sueño, sacadas de una planta que desapareció hace siglos. No la conoce nadie más que yo, el más grande hechicero de África. Este saquito tiene las dos últimas, así que más os vale aprovecharlo: lanzadlas con vuestras cerbatanas, una en cada esquina de la empalizada. Deben caer dentro de las antorchas con las que se calientan esos cerdos blancos. En muy poco tiempo estarán profundamente dormidos.

—Siento haber dudado, poderosa es la brujería de Gomar —se disculpó el salvaje—. Esas bolas mágicas son todo lo que necesitamos.

—Así es. Y ahora partid. La noche ha de ser el velo que os proteja de miradas indiscretas. Y no temáis, pues yo ya he visto el éxito de vuestra empresa.

Tras despedirse con un leve asentimiento, Hunegar y Dambar abandonaron la aldea ar-

mados con cerbatanas, portando cuchillos en los taparrabos y el saquito de bolas del sueño colgando de la cintura de Hunegar.

La luz de la tarde teñía la jungla como un pañuelo escarlata alrededor de una bombilla. Las dos figuras de ébano caminaban con paso seguro por su serpenteante camino. Ni ramas rotas ni pisada alguna delataban su avance experto y coordinado. Si Dambar el León era ya sigiloso, su compañero parecía un fantasma que levitara sobre la tierra cubierta de malas hierbas.

El rumor del agua les avisó de la cercanía de su destino, por lo que decidieron esperar a que el sol abandonase los cielos antes de continuar. La hora ideal para su incursión debía ser la que transcurría entre la puesta del astro dorado y la salida de la luna. En ese lapso de tiempo, una negrura estigia reinaba en la zona cegando a cualquier hombre alejado de las antorchas.

Hunegar el Silencioso se encargó de hacer el primer movimiento, un escalofrío le recorrió la espina dorsal cuando vio los reveladores fuegos que rodeaban el poblado enemigo. Entre la densa vegetación y la empalizada había un claro sumido en la semioscuridad. El negro abandonó la espesura y tanteó el viento: soplaba muy poco y en dirección a los guardias.

Dio un pequeño rodeo y recorrió los últimos metros arrastrándose como una serpiente. Se detuvo a apenas una veintena de pasos, no podía acercarse más al círculo de luz que traza-

ban las antorchas.

Contuvo la respiración y abrió el saquito mágico. Cargó su cerbatana. Apuntó con paciencia infinita, como si fuera una sudorosa estatua de ébano. Era un soplador experto, pero no quiso correr riesgo alguno, pues sabía que su vida estaba en juego. Tiró. Aunque no lo vio, supo que había dado en el blanco. Se deslizó en paralelo al vértice opuesto de la empalizada y repitió la operación, ahora con mayor celeridad.

La reacción tardó en llegar. Observó desde las sombras cómo los guardias entraban en el intangible mundo de los sueños, las cabezas apoyadas en sus cotas de malla. Hizo un gesto a su compañero, tras el que se reunieron a la luz de las antorchas. Escalaron la empalizada y se encontraron con un poblado desierto. Tras su muralla el hombre blanco se sentía a salvo, nadie vigilaba allí dentro.

No les costó deducir cuál sería la choza de Santiago, pues había una sola que tenía dos guardias en la entrada, a ambos lados de otra antorcha delatora. Después de dar un rodeo a una distancia prudente, Hunegar susurró un plan al oído de Dambar, quien asintió.

Se separaron. Hunegar se desvió hacia el lateral derecho de la tienda, mientras que el otro se fue a la izquierda. A paso lento, con precaución, el negro más silencioso de la región se acercó cada vez más a los guardias, quienes permanecían en sus puestos sin decir nada. Hunegar

se acercó tanto como para sentir el calor del fuego, cuyo crepitar era el único sonido que se escuchaba.

Un garrido surgió de los labios del negro. Era la señal convenida.

—Eso era un loro —dijo uno de los guardias.

—Debe de estar aquí mismo.

El español que estaba más cerca cruzó la esquina de la tienda. Lo hizo en un suspiro, pero Hunegar ya se había protegido en la parte trasera de la choza. Gracias a la distracción de su compañero, Dambar pudo llegar a la espalda del primer guardia. Antes de que pudiera reaccionar, el español se encontró con la manaza del salvaje en la boca. Con un simple giro del brazo, Dambar quebró el cuello del hombre blanco. Tan sólo se oyó un crujido.

Apenas se dio la vuelta para ver qué pasaba cuando el guardia restante sufrió el ataque de Hunegar, quien no solo era silencioso sino rápido como una cobra. Su cuchillo rebanó el cuello de su víctima y se hincó en el corazón cuando el negro depositaba ya el cuerpo en el suelo.

De nuevo el silencio. Hunegar se acercó a la entrada de la cabaña. Su compañero vigilaba. Movié la piel lo justo para otear el interior. Santiago estaba tumbado en el que sería su lecho de muerte. No se movía, su respiración llegaba acompasada al oído del salvaje. Entró tan silencioso como siempre, con el cuchillo presto

para completar su misión.

Sin embargo, no contó con el desvelo de Santiago, quien llevaba varios días sin dormir, consiguiendo apenas unas horas de duermeverla. Al fin, el fuego de la antorcha cumplió con su función delatora.

Dambar oyó el grito de auxilio, como también lo hicieron los hombres de Santiago, que salieron a toda velocidad de las tiendas cercanas, armados con sus espadas, cuchillos de cocina o cualquier objeto que encontraron. Una decena cayó sobre Dambar, mientras que otros tres entraron en la tienda de su jefe temiendo lo peor.

A la desesperada, como un león acorralado, Dambar peleó con los hombres blancos y los contuvo durante un buen rato. Las espadas, que tenían un mayor alcance que su cuchillo, le hirieron con una decena de feos cortes. La pérdida de fluido vital fue debilitando al intruso, quien desafiaba las leyes de la naturaleza con su indómita vitalidad. Viéndose completamente superado, lanzó el cuchillo y murió matando, lo único que pedía un guerrero de su tribu ruda y salvaje.

—¡Era un auténtico demonio! —exclamó uno de los supervivientes—. ¡Santiago!

—Estoy bien —dijo el aludido, quien salió de la choza con el rostro ceniciento—. Este habría acabado conmigo si no hubieseis llegado a tiempo.

Los otros tres españoles salieron detrás de su

jefe arrastrando a Hunegar.

—Está vivo —siguió Santiago—. Quiero interrogarle personalmente.

4.

Las tinieblas se fueron matizando gracias a los focos de luz que abarcaba su visión. La mirada vidriosa de Darío recuperó su nitidez poco a poco, después llegaron los recuerdos de lo sucedido.

Estaba atado a un poste de pies y manos. Lo que había distinguido como puntos de luz eran braseros y antorchas que humeaban en el aire limpio de la mañana. En cuanto pudo reunir unas pocas fuerzas, tironeó de sus ataduras hasta que estas hicieron correr unas gotas de sangre por sus muñecas. Estaba tan indefenso como un ciervo en un cepo, y lo peor era imaginar lo que aquellos locos cobrizos harían con él.

—Darío —susurró Esteban, que estaba a su izquierda, atado de igual forma—. ¿Puedes oírme?

—Sí —respondió con un hilo de voz—. ¿Han dicho algo? —preguntó—. ¿Sabes qué quieren de nosotros?

—Nos van a matar. No lo he oído, pero no me hace falta. Siento mucho haberte metido en esto, yo...

—Cállate. Seguro que están hablando de nosotros.

Una decena de nativos conversaba a unos metros. Sus facciones parecían bestiales a los

ojos de Darío, si bien sus miradas indomables tenían rasgos humanos y sus frentes planas y largas les otorgaban el aspecto de pensadores.

Cuando se dieron cuenta de que Darío había recuperado la consciencia, se acercaron con el que parecía el cabecilla precediéndoles: un hombre algo más alto, viejo y de espalda encorvada por los años. Se distinguía de los demás por su rudimentaria corona de cuero, hojas secas y flores.

—Ya despierto, ¿eh? Qua-Hor no golpeó muy fuerte —dijo el jefe de los nativos con una media sonrisa en sus gruesos labios—. Muerto no puedes ayudar.

Darío se sorprendió al entender las palabras del vigilante. Para su gente, los cobrizos eran seres extraños y silenciosos que jamás se relacionaban con nadie. Sin embargo, el viejo usaba el mismo idioma áspero de los negros, aunque el acento era distinto.

—¿Por qué nos habéis atacado? —preguntó Darío—. No os hemos hecho ningún daño, no somos vuestros enemigos.

—¡No lloriquees, hombre pálido! Sabemos que queréis nuestra ruina, la leyenda de nuestro pueblo nos advierte sobre vosotros. Nos habéis condenado, el tiempo se nos escurre entre los dedos como arena. —Los ojos del viejo se cerraron—. La profecía dice que los demonios blancos vendrán de los mares, que caerán sobre nosotros como una plaga, que no veremos

la luna nueva. Os reconocimos. Cuando llegasteis, ¡ah, sí! Mucho tiempo ya, pero no hicimos nada. Hasta ahora que la condenación llega. No hay mucho que hacer, pero no nos quedaremos quietos.

—No sé de dónde habéis sacado esa absurda idea. Los salvajes os regís por extraños códigos y supersticiones, pero no significan nada, no tenemos ninguna intención de dañaros.

—¡Mentiroso! —exclamó el jefe cobrizo al tiempo que le propinaba un sonoro bofetón—. La profecía es sagrada, siempre se ha cumplido. ¿Qué sabes tú del gran dios de oro, que brillaba bajo el sol antes de nacer el primer hombre? No sé cómo unos pocos hombres pálidos pueden vencer a mis quinientos guerreros, pero así será. —Las uñas se le clavaron en las palmas de las manos por la excitación, sus ojos enrojecían con un tinte de locura—. Una cosa es segura —siguió—: moriremos en la batalla.

—Mi amigo dice la verdad —dijo Esteban, quien reaccionó al fin.

—¿Vais a matarnos? —preguntó Darío.

—Vuestro destino lo decidís vosotros. Si nos ayudáis a entrar en vuestro poblado, viviréis.

—¡Nunca! —respondió Darío, enfrentando los ojos rojos del cobrizo.

El vigilante miró a Esteban.

—¿Y tú?

—Prefiero la muerte —dijo.

—Palabras. Son muy fáciles, las palabras.

El viejo sacó un arma muy extraña de su tarrabos. Era una especie de estilete, muy fino y muy largo, con una empuñadura labrada en forma de serpiente. La hoja lanzaba amenazantes destellos dorados a la luz del sol.

Con ella en la mano, muy lentamente, el cobrizo se acercó a Esteban, cuya respiración se aceleró. El arma mordió su pecho. El español gritó de agonía.

—¿Y ahora? ¿Nos ayudarás?

Los ojos del torturador se acercaron aún más. Esteban, cabizbajo, trataba de recuperar el aliento. En una reacción inesperada, el español propinó un cabezazo terrible al viejo, haciéndole retroceder. La sangre brotó de la sien del jefe de los vigilantes, quien estalló de furia y asaeteó a Esteban una docena de veces ante la mirada aterrada de Darío, quién empalideció como si su corazón se hubiera parado.

—¿Y tú? —preguntó el diablo cobrizo—. ¿También quieres morir?

Un miedo cervical se apoderó del español.

—Os ayudaré, ios ayudaré! —se apresuró a decir.

5.

El humo del incienso aromatizaba la cabana de paja donde dormía el jefe de los negros. Sentados encima de una piel de tigre, cuatro hombres decidían el destino de su tribu.

—¿Dónde están Hunegar y Dambar?

—Desaparecieron ayer, creo que fueron de caza —respondió el artero chamán—. Seguro que el hombre blanco los ha matado, así acabaremos todos nosotros si seguimos teniendo miedo.

—Si no han vuelto, quiere decir que han caído en manos de nuestros enemigos —dijo el jefe Rongo.

—Nuestra gente está cansada de escaramuzas y victorias insignificantes —intervino un guerrero fuerte como un oso—. Si queremos vivir en paz, hay que exterminar al hombre blanco de una vez por todas.

—Mucha gente moriría —respondió el jefe—, y quién sabe qué bando conseguiría la victoria. Es muy arriesgado.

—Realicé el ritual de guerra al amanecer —dijo Gomar—. Los dioses no podrían sernos más favorables. Es ahora o nunca.

—Ya sabéis cómo acabó la primera vez, no me arriesgaré a otra carnicería.

—Entonces tenían sus poderosas armas de muerte invisible. Ahora casi no las usan, la intuición me dice que son mucho más débiles que antes.

—¿Por qué rechazaste la tregua si no era para derrotarles en combate? —añadió el único que no había hablado hasta entonces.

—¿Eso es lo que queréis, un último ataque? ¿Matar o morir? —preguntó el jefe con pesar.

Los tres interlocutores asintieron.

—Queda clara la decisión del consejo. Ahora tengo que pensar. Os daré una respuesta esta misma tarde. Marchaos.

Cuando se quedó solo, Rongo se sumió en una profunda meditación. Contaba con unos cuatrocientos guerreros, otras tantas lanzas y hachas y unos cien arcos con setecientas flechas. Lo ideal para acabar con sus enemigos sería hacerlos salir de su poblado, pero no tenía claro que los proyectiles incendiarios lo fueran a conseguir. Si al menos sembrasen la confusión suficiente para poder entrar... Por otra parte, si alcanzaban la empalizada con un buen número de guerreros tendrían buenas opciones en el cuerpo a cuerpo.

La parte más salvaje del jefe anhelaba la batalla tanto como el consejo, pero cuando se ponía a pensar en los motivos, veía la irracionalidad de la guerra. Los blancos apenas habían molestado, vivían atrincherados en una cala pequeña de la que apenas salían a por víveres. La enemistad que les enfrentaba estaba basada en un odio racial que no se podía razonar.

Rongo dio un largo trago de su infusión de hierbas y removi6 los posos con aire distraído. Desentumeció los músculos con los estiramientos que hacía cada mañana y completó su rutina paseando alrededor de la aldea. Finalmente tomó una decisión: lanzarían una nueva ofensiva. Para bien o para mal, sería la definitiva.

6.

La luna llena pestañeó ennegreciendo el cielo por una fracción de segundo.

—Hace un frío del demonio —dijo Jorge, uno de los guardias.

—Sí, la maldita humedad hace que me duelan los huesos—. El hombre se acercó a la antorcha y estiró la espalada con un gesto de dolor—. Y pasar la noche de pie en esta condenada esquina no ayuda.

—Parece mentira. —El tono de Jorge se volvió reflexivo, su mirada perdida en las lámparas que iluminaban la explanada que debían vigilar—. Hoy se cumplen diez años desde que naufragamos. Quién iba a pensar que pasaríamos el resto de nuestras vidas tan lejos de casa.

—Aún puede pasar cualquier cosa, yo no renuncio a volver al hogar —replicó el otro—. Puede que de aquí a un año estemos a bordo de un nuevo barco, navegando a toda vela, con el viento soplando gentil en nuestras mejillas.

—Siempre has sido un soñador, por mi parte agradezco seguir vivo y poder...

No pudo terminar su agradecimiento. Una lluvia de muerte silbante había caído sobre ellos, con tan mala suerte que una flecha emplumada se clavó en la garganta del hombre. Aquel era el único punto débil de la cota de malla de los guardias.

—¡Nos atacan! ¡Alarma! —gritó el que ha-

bía sobrevivido al tiempo que hacía sonar la campana.

En apenas un minuto todo el poblado estaba en pie. Algunos se vestían a toda prisa y otros repartían armas por doquier. Los tiradores, que dormían en las chozas exteriores con los rifles cargados y dispuestos, corrieron a las escaleras que daban acceso a la parte superior del frontal de la empalizada, pues la alerta había llegado de sus dos vértices.

Santiago reaccionó con presteza, rugiendo órdenes de un lado a otro.

—¡Mantened la posición! —A los guardias—. ¡Todos al frente! —A cada grupo de indecisos que se encontraba—. ¡Si un hombre cae, otro le sustituye por las escalas!

En previsión de un posible ataque masivo, habían improvisado unas escalas de cuerda repartidas por la plataforma, de modo que esta fuera accesible en todo su recorrido.

Los pocos fusiles cargados de los que disponían se asomaron al exterior.

Los negros sabían que no conseguirían alcanzar la empalizada antes de que las armas de fuego estuvieran listas, lo habían aprendido por las malas hacía una década. Por eso su primera ofensiva se limitó a las flechas incendiarias, que volaron en arco para caer en tierra y chozas por igual. Una ayuda divina salvó a los españoles, pues en ese mismo instante comenzó una lluvia torrencial, un diluvio inesperado

como sólo surge en la jungla. Eso bastó para que el fuego no se extendiera.

Los negros vieron con desilusión que su primera táctica no daba resultado. Rongo maldijo y ordenó a sus hombres que mantuvieran la posición, amenazando con matar personalmente al primero que se lanzara a la carga.

Lo mismo podía haber pedido que se apagasen las estrellas. Los negros no atendían a razones; de carácter impulsivo, su ardor guerrero era incontenible cuando despertaba en sus almas salvajes. Un grito de guerra ronco y sordo tronó amenazante. Su jefe se rindió a la evidencia y cargó a la carrera como si fuera uno más.

Desde lo alto de la empalizada, los españoles contemplaron la horda furiosa abalanzándose sobre ellos. Las hachas y las lanzas eran luces de condenación al fuego de las antorchas resguardadas del vendaval. Dedos ansiosos toqueteaban los gatillos de los fusiles a la espera de la orden de Santiago.

El jefe español apretaba los dientes, el sudor se fundía con las gotas de lluvia en su cabeza empapada. Aguantó en silencio, viendo la muerte cada vez más cerca, pero sabedor de que sus armas sólo tenían munición para una descarga. Debían aprovecharla al máximo si querían tener alguna posibilidad de sobrevivir, aunque Santiago no contaba con ello.

—¡Fuego! —bramó cuando ya podía distinguir los rostros de los negros.

La primera fila de nativos cayó, todos ellos muertos por unas armas que no comprendían. Los que iban detrás saltaron por encima de los cadáveres sin aminorar la velocidad. Una nueva ráfaga siguió a la primera, pues la mitad de los tiradores habían recibido orden de esperar al último grito de su jefe.

Los negros vacilaron. El precio que pagaron esta vez fue muy alto, casi treinta nativos no volverían a ver la luz del sol. Rongo tuvo una oportunidad de ordenar la retirada, pero enloqueció de rabia al ver la matanza, de tal modo que su frenética carrera le puso a la cabeza de la ofensiva. Al ver que los fusiles no volvían a tronar y enardecidos por la valentía de su jefe, los salvajes volvieron a la carga.

—¡Desenvainad las espadas! —gritó Santiago.

Su táctica no había conseguido amedrentar a los negros, llegaba la hora del clangor del acero. Contaban con la ventaja de su posición elevada, esperaban aguantar en el cuerpo a cuerpo y proteger la empalizada a toda costa.

Los negros chocaron contra la barrera de troncos, que aguantó robustamente, y después escalaron con una facilidad pasmosa. Muchos asomaron la cabeza al otro lado justo para ver cómo una espada la partía en dos como a un melón maduro.

Tras el arrebató inicial, los atacantes empezaron a coordinar la ofensiva: los que seguían a la primera línea se aferraban hábilmente a

los troncos y lanceaban a ciegas mientras sus compañeros empujaban a los defensores o caían encima de ellos para aterrizar en el suelo, muertos o malheridos, no importaba.

La plataforma donde se apoyaban los españoles era muy estrecha, de apenas un metro de ancho, y se había vuelto resbaladiza por la lluvia, así que los negros conseguían más provecho abalanzándose contra sus enemigos que usando sus armas.

En la parte central, Santiago repartía espadas a diestra y siniestra. Mató y desmembró tantas veces que la noche se convirtió en una horrible sucesión de crujidos, chillidos, chapoteos y lamentaciones. Ni siquiera distinguía las palabras de sus propios gritos de aliento, que se ahogaban en su garganta afligida.

Los españoles caían como moscas. Pronto, los negros dominaron la plataforma. En medio del caos, Santiago no se dio cuenta de que sus hombres descendían. Las escalas se convirtieron en una vía de un único sentido, los que aguardaban abajo veían el destino de sus compañeros y preferían mantener su posición. La plataforma ya no ofrecía una ventaja, sino que era un matadero contra esos locos que intercambiaban sus vidas sin titubear, como atestiguaba la horrible masa de cadáveres que alfombraba el suelo.

Rodeado, Santiago no consideró siquiera el retroceder, pese a que una de las escalas col-

gaba a sus pies. Habría muerto allí mismo, incapaz de parar las dos hachas que buscaban su carne, si un negro no se hubiera abalanzado sobre él.

Cayó a ciegas. Fue por pura suerte que aterrizó encima de su rival, cuya sangre empapó el rostro del jefe. El olor era nauseabundo, ni siquiera la lluvia torrencial podía purificar la trágica ruina humana que le rodeaba.

Alguien le arrastró y le empujó detrás de una línea de espadas. Intentó incorporarse, aturrido por la caída y desfallecido por el combate. Miró a su alrededor; comprendió que la batalla estaba perdida cuando los negros abrieron las puertas y entraron en masa. Sus hombres eran minoría, seguían luchando porque no quedaba alternativa, mas sabían igual que él que apenas había esperanza.

Sus ojos se cruzaron con los de Rongo. El jefe de los negros peleaba como un loco, su hacha repartía muerte con la generosidad de un misionero. Renqueante, avanzó con la firme decisión de llegar ante el poderoso guerrero. Quizá si acababa con él, los salvajes dudarían y se cambiarían las tornas.

Era poco probable, pero qué mejor forma de caer que combatiendo a su igual en aquella remota parte del continente africano. Le costó trabajo hacerse un sitio, pues sus compatriotas desfilaban con alegría ante la diabólica hacha de Rongo.

Pese a que no era un experto esgrimista, Santiago tenía nociones suficientes para aprovechar su superioridad académica, mas no pensaba con claridad, sólo fue capaz de lanzarse en un ataque temerario y previsible. El negro giró hacia la derecha, librando la hoja de la espada sin esfuerzo. Desequilibrado, el español esperó el golpe de gracia invadido por una repentina sensación de futilidad.

Abrió los ojos. Rodrigo, siempre leal, había acudido en su ayuda como un torbellino de acero y furia. Tenía el aspecto de un diablo, con la baba cayendo de sus labios abiertos en una sonrisa de rabia. Había nacido para el combate, era el único en todo el poblado que podía equiparar sus fuerzas a las de Rongo.

Quién sabe cuál hubiera sido el desenlace del combate de los dos titanes, pues fue interrumpido por tres salvajes que ayudaron a su jefe e hicieron caer al español. Al menos Rodrigo había concedido una segunda oportunidad a su camarada. Rongo gritó a sus hombres, deseoso de acabar personalmente con el demonio blanco. El negro parecía haberse olvidado de Santiago, como si le despreciara por ser un rival menor, insignificante. El jefe de los náufragos palpó su cuchillo, que permanecía intacto en su funda. Dispuesto a morir, lanzó una nueva estocada, de abajo arriba. Rongo tuvo el tiempo justo para dar un paso y evitar el golpe. Su hacha voló guiada por la fuerza brutal de su

portador.

Por fortuna, la sangre que él mismo había derramado le hizo perder el equilibrio lo justo para que el hacha rozara el cuero cabelludo de Santiago, quien pudo completar su ataque. Había conseguido acercarse a su enemigo. Para la distancia media la espada, para la distancia corta la daga. Esa lección la recordaba bien. Alzó la mano derecha y lanzó un electrizante golpe con la izquierda, estirándose lo bastante para hundir su cuchillo por debajo de las costillas, directo al corazón. Los ojos de Rongo se quedaron en blanco, estaba muerto cuando Santiago le cortó la cabeza con un grito de triunfo.

De los salvajes surgió un gruñido que bien podía ser un lamento. Rodrigo, con los ojos cegados por su propia sangre, aprovechó el instante de duda para retroceder a rastras mientras trataba de enjugarlos con su mano libre.

El destino de los dos bandos pendía de un hilo.

Un murmullo surgió desde la empalizada: la entrada vomitó una horda de cobrizos. Los vigilantes, como les llamaban los blancos, rompían su acostumbrado silencio y su neutralidad. El corazón de Santiago se encogió de nuevo, pues cobrizos y negros se aliaron tras intercambiar unas pocas palabras. Su ataque conjunto tuvo la contundencia de quien se sabe vencedor.

—¡Hasta la muerte! —gritó Santiago.

El acero toledano mordió en el canto de cisne de los náufragos. Hachas y lanzas se mantu-

vieron a distancia durante un fugaz instante gracias a la tozudez y el coraje de unos hombres extraviados que nadie recordaría. Luego la lógica se impuso y la resistencia de los defensores bajó. A medida que perdían unidades su formación se cerraba.

Apenas eran una veintena cuando una nueva conmoción les llegó desde la empalizada. Santiago, que estaba lejos, no supo a qué se debía. Tampoco es que tuviera opción de averiguarlo, bastante tenía con incrementar el número de almas paganas que enviaba al infierno. Murmuró, eso sí, una última plegaria: que su mujer y su hija fueran felices en su añorada Salamanca.

Pudo ser el destino, los dioses o la más afortunada de las casualidades lo que hizo que diez años después del naufragio del barco español, un nuevo navío alcanzase aquella costa olvidada por el mundo civilizado.

El sonido del trueno ensordeció a negros y cobrizos por igual. Sus hombres cayeron muertos por decenas a cada nueva ráfaga de los fusiles que portaban los providenciales refuerzos. Desconcertados y asustados, los salvajes dieron la espalda a los escasos defensores y trataron de alcanzar a los nuevos portadores de la muerte invisible.

Los recién llegados habían obtenido una gran ventaja en su ataque sorpresa. Eran muy numerosos. Cuando vieron que sus rifles dejaban de ser útiles, no dudaron en echarlos a un lado

y desenvainar las espadas. El tintineo del acero fue música en los oídos de Santiago, que no daba crédito; de Rodrigo, quien veía manchas rojas a su alrededor; y de los quince bravos que aún aguantaban en pie.

En la caótica carnicería que siguió, entre la marea de extraños, Santiago creyó distinguir a un guerrero familiar. Su clara melena y su vestimenta desgastada destacaban entre las cabezas morenas y los uniformes azules de los recién llegados. ¿Qué hacía Darío allí? ¿Cómo había conseguido un ejército? Las dudas aguijoneaban al jefe español.

La siembra de cadáveres continuó hasta que murió el último de los salvajes. No tenían escapatoria y ni siquiera se plantearon la rendición, pues esta no se contemplaba en su código elemental y despiadado. La profecía de los cobrizos se cumplió por culpa de su estupidez, mientras que los negros murieron por las manipulaciones de su chamán, quien maldeciría largo tiempo entre los niños y las mujeres.

7.
El sol se alzaba perezoso en la playa. Ocho maltrechos exiliados observaban incrédulos el flamante navío que flotaba en las aguas calmas; llevaban perdidos tanto tiempo que les costaba asimilar que iban a regresar a casa.

Una tormenta había desviado a la Turquesa

de su rumbo, el barco llevaba varios días rectificando la ruta, muy cerca ya de las costas de África, cuando se topó con la isla en la que se encontraba ahora. Como no constaba en los mapas, el almirante se decidió a investigar.

Su sorpresa fue mayúscula cuando oyó el silbido metálico de las espadas. No dudó en acudir a ver qué pasaba. Cuando los recién llegados vieron que unos extraños salvajes de piel tostada retenían a un hombre blanco, intuyeron lo que sucedía. Le liberaron y se unieron al combate, encantados de ayudar a sus compatriotas. Al ser la Turquesa un barco de guerra, su tripulación estaba más que preparada para hacer frente a unos salvajes desnudos y acorralados, sus bajas habían sido mínimas.

—Asumiré el castigo que me sea impuesto por mi traición —dijo Darío—. Accedí a ayudar a los vigilantes. Querían que les abriera las puertas. No sé si lo habría hecho, pero estaba aterrado, vi como el jefe de esos locos mató a Esteban, a mi lado, con tal saña...

—Trajiste a los cobrizos —le interrumpió Santiago—. Esos vigilantes casi acaban con todos nosotros. Pero en realidad no les ayudaste en nada, habrían atacado de todas formas y las puertas ya estaban abiertas.

»Y sobre todo, ya se ha derramado bastante sangre. No te tortures por algo que no has hecho, amigo mío. No habrá castigo. —Se giró para hablar a sus hombres—. Volvemos a casa.

El almirante Gabriel observó la felicidad de aquellos hombres y sonrió satisfecho mientras se mesaba la barba.

—Bien está lo que bien acaba —dijo—. Llevo semanas apartando a mis hombres de los últimos barriles de licor, pero hoy bien merece la pena abrirlos. Hay que celebrar este insólito y feliz acontecimiento.

De las gargantas reseca de los soldados celestes brotó un grito unánime de aprobación. Algunos, en un alarde de entusiasmo, lanzaron una salva a la brisa salina y templada del amanecer.